

Bibliografía: AVP, I, pp. 121-198; Francisco Javier CALVO GUINDA, *El Real Seminario de San Carlos de Zaragoza, sus orígenes (1737-1788)*, Zaragoza, Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón, 1988; Plácido FERNÁNDEZ GARCÍA, *El Seminario de Zaragoza siglo XX*, Zaragoza, [s. n.], 2001; Ramón HERRANDO PRAT DE LA RIBA, *Los años de seminario de Josemaría Escrivá en Zaragoza (1920-1925). El seminario de San Francisco de Paula*, Madrid, Rialp, 2002; Francisco MARTÍN HERNÁNDEZ, *El Seminario de Zaragoza, 200 años de historia (1788-1988)*, Zaragoza, Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1988.

Ramón HERRANDO PRAT DE LA RIBA

SEMINARIO DE SAN FRANCISCO DE PAULA

San Josemaría ingresó en el Seminario de San Francisco de Paula de Zaragoza el 28 de septiembre de 1920. Provenía del Seminario de Logroño, donde había concluido los estudios del primer curso de Teología. El 31 de marzo de 1925, tres días después de su ordenación como presbítero, salió del Seminario para incorporarse a su primer destino pastoral.

El Seminario de San Francisco de Paula fue fundado en el año 1886 por el cardenal Francisco de Paula Benavides y Navarrete, arzobispo de Zaragoza, y se extinguió en 1951. En un principio, la finalidad de este Seminario era acoger a alumnos internos que, faltos de recursos económicos, no podían ingresar en el Seminario Conciliar de San Valero y San Braulio de Zaragoza. A partir de 1897, se amplió la admisión a cualquier sector de la población, y se mantuvieron algunos becarios, como en cualquier otro seminario de la época. Hubo siempre un número reducido de seminaristas, alrededor de cincuenta.

Durante los años en que san Josemaría estuvo en el Seminario, el número de alumnos osciló entre treinta y cinco y cuarenta. Los Superiores del Seminario eran

un Rector y dos Directores o Inspectores que ya habían recibido algún grado del sacramento del Orden o, al menos, tenían la tonsura. Uno de los inspectores se encargaba de los alumnos de Teología que vivían en el piso tercero y el otro, de los que cursaban Filosofía y de los alumnos de Humanidades, que habitaban en el piso cuarto. Su misión consistía en cuidar del cumplimiento del Reglamento y mantener la disciplina; en acompañar y velar por el orden en las idas y venidas a las clases que se tenían en la Facultad Pontificia, con sede en el Seminario Conciliar de San Valero y San Braulio, en un edificio en la plaza de La Seo, a escasamente unos diez minutos andando; en vigilar las horas de estudio y el orden en los paseos; y, en general, en servir de conexión entre el Rector y el conjunto de los seminaristas. Mensualmente, hacían un breve informe de los alumnos. A diferencia de los demás seminaristas, a los directores o inspectores no se les preguntaba públicamente en las clases de las distintas asignaturas.

El Seminario de San Francisco de Paula tuvo siempre su sede en el inmueble del Real Seminario Sacerdotal de San Carlos, donde ocupaba parte de la tercera y la cuarta plantas de las cuatro de que constaba el edificio. En el tercer piso había una pequeña capilla dedicada a san Francisco de Paula. Algunas de las ceremonias litúrgicas se celebraban en la iglesia de San Carlos, que formaba una unidad con el edificio del Real Seminario Sacerdotal de San Carlos, con el que se comunicaba interiormente. Ambos edificios abrían sus puertas a la plaza de San Carlos.

El Real Seminario Sacerdotal de San Carlos era una institución cuyos orígenes se encuentran en el movimiento renovador del clero que promovieron los Píos Operarios Misionistas de la Congregación de Aragón. Bajo el impulso del sacerdote osense, el venerable Francisco Ferrer, después de la Guerra de Sucesión, en 1711, fundaron una serie de seminarios sacerdo-

tales por distintos lugares de España. Esos seminarios sacerdotales agrupaban a unos pocos sacerdotes a los que se les llamaba Directores, y se dedicaban a dar tandas de ejercicios para sacerdotes y ordenandos, hacer exámenes sinodales y organizar actividades de formación permanente del clero. El Seminario de San Francisco de Paula estuvo vinculado desde su fundación al Real Seminario Sacerdotal de San Carlos, del que recibió siempre una cierta tutela y vigilancia: su Rector era habitualmente uno de los sacerdotes del Seminario Sacerdotal y durante algunas épocas, incluso dependió de su Presidente. El rector del Seminario de San Francisco de Paula durante los años en que estuvo san Josemaría fue don José López Sierra: había sido nombrado en 1919 y fue sustituido en 1926.

El horario en el Seminario de San Francisco de Paula era el siguiente: la hora de levantarse variaba entre las cinco y media y las seis y media según las épocas del año; media hora después había treinta minutos de meditación en la capilla del Seminario y a continuación se bajaba a la iglesia de San Carlos, a la que se accedía por una puerta lateral que daba al claustro del edificio, para la santa Misa. Después del desayuno –que se hacía en silencio, mientras se leía la *Imitación de Cristo*–, se trasladaban al Seminario Conciliar, en donde se impartían las clases de la Universidad Pontificia. Regresaban al terminar las clases sobre las doce y media.

Durante la comida se mantenía el silencio y se leía algún libro de carácter piadoso. Desde el comedor que estaba en la primera planta, por el claustro, se trasladaban a la iglesia de San Carlos a hacer una breve visita al Santísimo e inmediatamente después, había un rato de recreo en una azotea cubierta situada en la planta cuarta. Al término del recreo, salían de nuevo a clase; regresaban para merendar y comenzaba el tiempo de estudio dividido en dos partes, entre las que se situaba el rezo

del santo Rosario y un rato de lectura espiritual, que se hacían ambos en la capilla, bajo el cuidado y vigilancia de los Inspectores. Cenaban a las nueve de la noche. El día terminaba en la capilla con un acto en el que se rezaban algunas oraciones y se hacía el examen de conciencia. Los jueves, los domingos y los días de fiesta variaba el horario, ya que por la tarde había paseo. Los sábados se trasladaban a la Basílica del Pilar para visitar a la Virgen y rezar una Salve; además ese día había una sabatina que consistía en una lectura sobre la Virgen y el rezo del Rosario, para terminar con un canto mariano.

La formación espiritual estaba dirigida a fomentar la vida de piedad como fuente de virtudes necesarias para llevar una vida ejemplar y desarrollar el futuro ejercicio del ministerio sacerdotal. La piedad eucarística, la devoción mariana y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, con sus múltiples y arraigadas manifestaciones a lo largo del curso, se convertían en instrumentos vivos de la formación espiritual para la maduración y progreso de los seminaristas en su vida de piedad. Eran auténticos motores del ejercicio de las virtudes cristianas, de una más frecuente y fervorosa vida sacramental, de una mayor mortificación y del celo por la salvación de las almas. Una especial significación en la vida del Seminario tenía la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús o Asociación del Apostolado de la Oración.

De los casi cinco años que san Josemaría vivió en el Seminario de San Francisco de Paula, durante dos fue alumno y al inicio del tercer año, el 28 de septiembre de 1922, día en que el cardenal Soldevila le confirió la Tonsura, en la Capilla del Palacio Arzobispal, a la edad de veinte años, fue nombrado Director o Inspector, cargo que desempeñó hasta que salió del Seminario, camino de su primer destino pastoral como Presbítero. En los años de permanencia en el Seminario recibió todas las Ordenes Sagradas: el Ostiariado y Lectorado, el 17 de

diciembre de 1922; y cinco días después, el 21 de diciembre, le fueron conferidas las Órdenes del Exorcistado y del Acolitado, también en la Capilla del Palacio Arzobispal. Cuando ya había concluido el quinto curso de Teología, recibió el Subdiaconado en la iglesia del Real Seminario Sacerdotal de San Carlos, el 14 de junio de 1924; seis meses después, el 20 de diciembre de 1924, en el mismo lugar, le fue conferido el Diaconado y el 28 de marzo de 1925 recibió el Presbiterado de manos de Mons. Miguel de los Santos Díaz Gómara, Obispo Titular de Tágora y Presidente del Real Seminario Sacerdotal de San Carlos.

El junio de 1924, unos días antes de que se le confiriese el Subdiaconado, san Josemaría, concluyó sus estudios de quinto curso de Teología en la Universidad Pontificia.

Durante los dos últimos cursos del Seminario (1923-1925), con la autorización de sus superiores, frecuentó las aulas de la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza como alumno no oficial y se examinó de algunas asignaturas.

Los estudios biográficos realizados sobre los años de seminario de san Josemaría, aportan una documentación que ponen de manifiesto una actitud interior de fe inquebrantable y de firmeza en su respuesta a la vocación. No le faltaron contradicciones entre sus compañeros, de modo especial durante su primer curso, que supusieron una fuerte tribulación para su alma, por afectar directamente, aunque desde fuera, a su decisión de secundar la Voluntad de Dios. Esas circunstancias fueron un catalizador de una honda maduración espiritual, que le confirmó en la decisión, que mantuvo siempre, de fidelidad al querer divino.

Voces relacionadas: Estudios y títulos académicos de san Josemaría; Ordenación sacerdotal de san Josemaría; Seminario Conciliar de Zaragoza; Universidad de Zaragoza; Vocación de san Josemaría; Zaragoza.

Bibliografía: AVP, I, pp. 121-197; Ramón HERRANDO PRAT DE LA RIBA, *Los años de seminario de Josemaría Escrivá en Zaragoza (1920-1925). El seminario de San Francisco de Paula*, Madrid, Rialp, 2002; Id., "El seminario de San Francisco de Paula de Zaragoza (I)", CCEDEJ, II (1998), pp. 7-44; Id., "El seminario de San Francisco de Paula de Zaragoza (II)", CCEDEJ, III (1999), pp. 7-46.

Ramón HERRANDO PRAT DE LA RIBA

SERENIDAD

1. Serenidad y filiación divina. 2. El camino de la serenidad. 3. Importancia y frutos de la serenidad.

La serenidad es la actitud o cualidad que permite al hombre mantener un temple sosegado y ecuánime, sin caer ni en la inquietud ni en la zozobra. Está muy relacionada con la paciencia y ambas con la fortaleza, virtud que ayuda a enfrentarse con las dificultades y a superarlas. San Josemaría habla de la serenidad, vinculándola a esas otras dos disposiciones del espíritu mencionadas en uno de los pasajes de la homilía que dedica a tratar de las virtudes: "Fuertes y pacientes: serenos. Pero no con la serenidad del que compra la propia tranquilidad a costa de desinteresarse de sus hermanos o de la gran tarea, que a todos corresponde, de difundir sin tasa el bien por el mundo entero. Serenos porque siempre hay perdón, porque todo encuentra remedio, menos la muerte y, para los hijos de Dios, la muerte es vida. Serenos, aunque sólo fuese para poder actuar con inteligencia: quien conserva la calma está en condiciones de pensar, de estudiar los pros y los contras, de examinar juiciosamente los resultados de las acciones previstas. Y después, sosegadamente, interviene con decisión" (AD, 79).

1. Serenidad y filiación divina

La serenidad hace referencia al carácter. Hay personas que son por tempe-

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.